

LA DESVELADA

C 20/3/49

En cuanto engruesa la noche
y lo erguido se recuesta,
y se endereza lo rendido,
le oigo subir las escaleras.
Nada importa que no le oigan
y solamente yo le sienta.
Para que habia de oírlo
el desvelo de otra cierva?

En un aliento mío sube
y yo padezco hasta que llega
-cascada loca que su destino
una vez baja y otras repecha
y loco espino calenturiento
castañeteando contra mi puerta.
No me alzo, no abro los ojos,
aunque veo su forma entera,
Un instante como precitos
bajo la noche tenemos tregua.
Pero le oigo bajar de nuevo
como en una marea eterna.

El va y viene toda la noche
-dadaiva loca, dada y devuelta,
medusa en olas levantada
que ya se ve, que ya se acerca.
Desde mi lecho yo lo ayudo
con el aliento que me queda
porque no busque tanteando
y se haga dano en las tinieblas.

Los peldaños de sordo leño
como cristales me resuenan.
Yo se en cuales el descansa
y se interroga y se contesta.
Oigo donde los lenos fieles,
igual que mi alma, se le quejan,
y se el paso maduro y último
que iba a llegar y nunca llega.

-2-

Mi casa padece su cuerpo
como llama que la retuesta.
Siento el calor que da su cara
-ladrillo ardiendo- contra mi puerta.
Pruebo una dicha que no sabia,
sufro de vida, muero de alerta,
y en este trance de agonía
se van mis fuerzas con sus fuerzas.

Al otro día repaso en vano
con mis mejillas y mi lengua
rastreado la empañadura
en el espejo de la escalera.
Y unas horas sosiega mi alma
hasta que cae la noche ciega.

El vagabundo que lo cruza
como fábula me lo cuenta.
Apenas él lleva su carne,
apenas es de tanto que era,
y la mirada de que mira
una vez hiela y otras quema.

No le pregunte quien lo encuentre.
Sólo le digan q' no vuelva,
que no repeche su memoria,
para que el duerma y q' yo duerma.
Mate el nombre q' como viento
en sus rutas turbillonea
y no vea la puerta mía,
recta, y roja como la hoguera.

Gabriela Mistral
Monrovia, California